

Lo mismo se advierte en sus *Anales*, dedicados exclusivamente á referir la historia de la conquista. Aquí en verdad el autor, después de haber remontado su vuelo por nebulosas regiones, descendiendo á tierra firme, donde no son de esperar groseras faltas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud. Pero el que tenga ocasión de comparar su historia con la de los escritores contemporáneos, encontrará frecuentes motivos de desconfiar de ella. Sin embargo, Montezinos tiene un mérito, y es el de haber tenido á la vista en sus estensas investigaciones muchos instrumentos originales, algunos de los cuales ha trasladado á sus páginas, que con dificultad habrían podido encontrarse en otra parte.

Algunos de sus ilustrados compatriotas han recomendado sus escritos como producto de diligentes investigaciones y minuciosos informes; pero mi propia experiencia no me conduce á ponerlos en elevado lugar como testimonios históricos, pues no me parecen dignos de grande elogio ni por la exactitud de los hechos ni por la sagacidad de las reflexiones. El espíritu de fría indiferencia con que mira los padecimientos de los indígenas es odioso, y tiene menos disculpa en un escritor del siglo XVII que tendría en uno de los primitivos conquistadores, cuyas pasiones estaban inflamadas por largas y constantes hostilidades. Mr. Ternaux-Compan ha traducido las *Memorias antiguas* con su acostumbrada elegancia y precisión en su colección de documentos originales relativos á la historia del Nuevo Mundo. En su prólogo promete trasladar mas adelante los *Anales*: no sé si lo habrá hecho; pero creo que este excelente traductor encontrará materia mejor para sus trabajos en algunos de los manuscritos que posee, pertenecientes á la rica colección de Muñoz.

LIBRO IV.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES.

CAPITULO PRIMERO.

Marcha de Almagro á Chile.—Padecimientos de sus tropas.—Vuelve y se apodera del Cuzco.—Acción de Abancay.—Gaspar de Espinosa.—Almagro sale del Cuzco.—Negociaciones con Pizarro.

1535—1537.

Mientras ocurrían los acontecimientos mencionados en el capítulo anterior, el mariscal Almagro estaba ocupado en su memorable expedición á Chile. Había salido, como hemos visto, con sola una parte de sus fuerzas, dejando á su teniente para que le siguiese con el resto. En las primeras jornadas se aprovechó del gran camino militar de los Incas, que se extendía á lo lejos por la llanura hacia el Sur; pero al acercarse á Chile se encontró empeñado en los desfiladeros de las montañas, donde ningún vestigio de camino se descubría. Allí impedían su marcha todos los obstáculos propios de la aspereza y escabrosidad de las cordilleras: profundos y escarpados barrancos, cuyos lados rodeaba un estrecho sendero, capaz solamente para cabras, y que subía serpenteando hasta las alturas que dominaban aquellos horrendos precipicios; ríos que caían con furia por los declives de las montañas formando espantosas cataratas y hundiéndose en el profundo abismo; negros bosques de pinos, que parecían no tener fin, y después largos páramos sin el menor arbusto que pudiera poner á cubierto al atrevido viajero de la brisa penetrante que despedían las heladas cimas de la sierra.

El frío era tan intenso, que muchos perdieron las uñas de los dedos, los dedos mismos, y á veces los

miembros. Otros cegaron á consecuencia de la verberación de la nieve que reflejaba los rayos de un sol intolerablemente brillante en la delgada atmósfera de aquellas elevadas regiones. El hambre vino, como de costumbre, en pos de esta serie de calamidades; porque en aquellas tristes soledades no se advertía vegetación que pudiera bastar para el alimento del hombre, ni se veía ser alguno viviente, á escepcion tan solo del gran pájaro de los Andes, que se cernía sobre sus cabezas, esperando el banquete que le proporcionaban con frecuencia el gran número de desgraciados indios, que incapaces de resistir con sus ténues vestiduras á los rigores del clima, perecían en el camino. Tanto llegó á acosarlos el hambre, que los miserables que sobrevivían se alimentaban de los cuerpos muertos de sus compatriotas, mientras los españoles se sostenían de los cadáveres de sus caballos, que se quedaban helados en los desfiladeros de la montaña (1). Tales fueron las terribles penalidades que la naturaleza impuso á los que tan precipitadamente se introdujeron en sus mas solitarios y salvajes distritos.

Pero sus padecimientos no inclinaban el ánimo de los españoles á la compasión con los débiles indios. Por todas partes dejaban huellas de su paso en cabañas desiertas y quemadas, á cuyos habitantes obligaban á hacer el servicio de bestias de carga: los indios eran encadenados en cuadrillas de diez ó doce, y ni las enfermedades, ni la debilidad del cuerpo escusaban al desgraciado cautivo de llenar su parte en el trabajo común. Así algunos caían muertos de fatiga sobre sus mismas cadenas (2). Los soldados de Alvarado fueron, según se dice, mas crueles que los de Pizarro; y el lector recordará que mucha de la gente que llevaba Almagro se reclutó de entre ellos. Cuéntase que este jefe miró con disgusto semejantes atrocidades, é hizo cuanto pudo por reprimirlas; pero no dió muy buen ejemplo con su conducta, si es verdad lo que se le atribuye de haber mandado quemar vivos á treinta jefes indios para castigar la muerte de tres de los suyos (3). El corazón se estrema con la relación de tales atrocidades perpetradas con un pueblo inofensivo, ó que, por lo menos, no tenía otro crimen mas que el defender demasiado bien su propio territorio.

En la posesión de una fuerza superior hay, bajo el punto de vista moral, algo de peligroso para el poseedor. El europeo con sus cualidades y su fuerza inmensamente superiores, puesto en contacto con el

(1) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. I—III.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. IX, cap. IV.—Conq. i Pob. del Perú, MS.

(2) Conq. i Pob. del Perú, MS.

El autor de esta narración debió haber sido de esta expedición, pues habla como testigo presencial. Los pobres indios, tenían á lo menos un amigo en el campo cristiano. «I si en el real havia algun español que era buen rancheador i cruel i mataba muchos indios tenianle por buen hombre i en grand reputacion i el que era inclinado á hacer bien i hacer buenos tratamientos á los naturales i los favorecia no era tenido en tan buena estima, he apuntado esto que vi por mis ojos i en que por mis pecados anduve porque entiendo los que esto leyeren que de la manera que aqui digo y con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile.»

(3) «I para castigarlos por la muerte destos tres españoles juntólos en un aposento donde estaba aposentado i mandó calzar la gente de cavallo i la de á pie que guardasen las puertas i todos estuviesen apercevidos i los prendió i en conclusion hizo quemar mas de treinta señores vivos atados cada uno á su palo.» (Conq. i Pob. del Perú, MS.) Oviedo, que siempre manifiesta en sus escritos el duro carácter del colonizador, disculpa este acto con la vieja excusa de la necesidad: «fue necesario este castigo», dice, y añade que después de verificado se podía enviar un mensajero de un extremo á otro del país sin temor de que le maltratasen. Hist. de las Indias, MS. parte III, lib. IX, cap. IV.

hombre semicivilizado, le considera como un ser poco mejor que el bruto, y nacido igualmente para su servicio. Cree que tiene un derecho natural á su obediencia, y que esta obediencia debe medirse, no por las facultades del bárbaro, sino por la voluntad del conquistador. La resistencia entonces llega á ser un crimen que solo puede lavarse con la sangre de la víctima. Tales crueldades no se limitaban á los españoles: donde quiera que se han puesto en contacto el hombre civilizado y el salvaje, así en Oriente como en Occidente, la historia de la conquista ha sido escrita muchas veces con sangre.

Desde el agreste caos de montañas salieron los españoles al verde valle de Coquimbo, como á unos treinta grados de latitud Sur. Allí hicieron alto para descansar en tan abundantes llanuras, después de las fatigas y padecimientos sin ejemplo que habían pasado. Entre tanto Almagro despachó á un oficial, con una fuerte avanzada, para examinar el país hacia el Sur; y poco después tuvo la satisfacción de ver llegar el resto de sus fuerzas á las órdenes de su teniente Rodrigo de Ordóñez, persona notable é íntimamente ligada con la suerte futura de Almagro.

Era Ordóñez natural de Oropesa; habia estado en las guerras de Italia, y tenia el grado de Alférez en el ejército del condestable de Borbon, en el famoso saqueo de Roma. Buena escuela era aquella para aprender el arte militar y endurecer el corazón, precaviéndole de la sensibilidad que generalmente se tiene en vista de los padecimientos humanos. Era escelente soldado, fiel á su jefe, activo, impávido é inflexible en la ejecución de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atención de la corte, y poco después de aquella época fue elevado á la categoría de mariscal de la Nueva Toledo. Pero su carácter le hacia probablemente mas á propósito para papel de ejecutor subordinado, que para un empleo de mas grave responsabilidad.

Almagro recibió tambien el real decreto confirniéndole sus nuevos poderes y jurisdicción territorial. Los Pizarros habian detenido este decreto hasta el último momento. Las tropas de Almagro, disgustadas ya de su penosa é inútil marcha, clamaban porque se emprendiese la retirada. Decían que el Cuzco caía dentro de los límites de su gobierno, y que era mejor tomar posesion de sus cómodos cuarteles, que vagar como proscriptos por aquellas terribles asperezas. Representaban á su jefe, que solamente así podria mirar por los intereses de su hijo don Diego. Este era un hijo natural de Almagro, á quien su padre queria con delirio, amor justificado mas que de costumbre por las cualidades y grandes esperanzas del jóven.

Después de dos meses de ausencia, el oficial enviado á explorar el país volvió con noticias poco satisfactorias respecto á las regiones al Sur de Chile. Para que un territorio ofreciese ventajas al castellano era preciso que estuviere cuajado de oro (1). Habia penetrado hasta unas cien leguas, probablemente hasta los límites de las conquistas de los Incas sobre el rio Maule (2). Afortunadamente los españoles se habian detenido antes de entrar en la tierra de Arauco, donde poco después habia de correr á torrentes la sangre de sus compatriotas, y cuyos habitantes todavía mantienen una orgullosa independencia entre la humillación general de las razas indias que los rodean.

Almagro accedió, pues, con poca repugnancia á las repetidas importunidades de sus soldados, y volvió caras al Norte. No hay para qué referir los porme-

(1) Este es el lenguaje de un escritor español: «como no le parecia bien la tierra por no ser cuajada de oro.» Conq. i Poblacion del Perú, MS.

(2) Según Oviedo, ciento cincuenta leguas, y cerca, como le dijeron, del fin del mundo. (Hist. de las Indias, MS., part. III, lib. IX, cap. V.) No son de esperar grandes nociones de geografía en los toscos soldados de América.

nos de su marcha. Desanimado por las dificultades que ofrecía el paso de los montes, tomó, á lo largo de la costa, el camino que atraviesa el gran desierto de Atacama. Al cruzar aquellas terribles soledades, que se estienden por espacio de cerca de cien leguas hasta los límites septentrionales de Chile, soledades en que apenas una hoja verde viene á reanimar al fatigado viajero, espermentaron Almagro y sus tropas tantos trabajos, aunque de diversa especie, como los que sufrieron en el paso de las cordilleras. En realidad no se encontraría en la época actual un jefe que se aventurase á conducir su ejército á través de aquella estéril región. Pero los españoles del siglo XVI tenian una fuerza de cuerpo y una viveza de espíritu tales, que les hacian despreciar toda clase de obstáculos, justificando así las palabras jactanciosas del historiador, que dice que peleaban «en un tiempo con los enemigos, con los elementos i con la hambre (3).»

Después de atravesar el terrible desierto, llegó Almagro á la antigua ciudad de Arequipa, á unas sesenta leguas del Cuzco. Allí supo con asombro la insurrección de los peruanos, y que el jóven Inca Manco permanecía aun con fuerzas formidables á no larga distancia de la capital. Habia tenido en otro tiempo amistosas relaciones con el príncipe peruano, y resolvió, por tanto, antes de emprender nada, enviar una embajada á su campo y arreglar una entrevista con él en las inmediaciones del Cuzco.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el Inca, el cual alegó sus motivos de queja contra los Pizarros, y designó el valle de Yuca y para la conferencia con el mariscal. El jefe español volvió, pues, á emprender su marcha, y tomando la mitad de sus fuerzas, cuyo total ascendía á poco menos de quinientos hombres, se presentó en el punto señalado mientras el resto de sus tropas establecía sus cuarteles en Urcos, á seis leguas de la capital (4). Los españoles del Cuzco, sorprendidos por la aparición de este nuevo cuerpo de tropas en las inmediaciones de la ciudad, cuando supieron su procedencia, dudaron si debian temer ó esperar de ellos. Herrando Pizarro salió de la ciudad con una corta fuerza, y acercándose á Urcos supo, con no poco disgusto, la intencion de Almagro de sostener sus pretensiones al Cuzco. Pero aunque muy inferior en fuerza á su rival, determinó oponerle resistencia.

Entre tanto los peruanos, que habian sido testigos de la conferencia entre los soldados de los opuestos campos, sospecharon que se habian puesto de acuerdo para apoderarse del Inca. Comunicaron su sospecha á Manco, y este, participando de los mismos sentimientos, ó tal vez meditando sorprender á los españoles, cayó repentinamente sobre ellos en el valle de Yuca y, con un cuerpo de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile estaban demasiado acostumbrados á la táctica india para dejarse sorprender; y aunque se siguió un reñido encuentro que duró mas de una hora, y en el cual cayó muerto el caballo que montaba Orgoñez, los indios fueron finalmente rechazados con gran pérdida, y el Inca quedó tan desanimado con este golpe, que no se atrevió, por entonces, á molestar de nuevo á los españoles (5).

Almagro, reuniéndose después con la division que habia dejado en Urcos, no encontró ya impedimento para sus operaciones sobre el Cuzco. Envio desde luego una embajada al ayuntamiento, exigiendo se le reconociese como gobernador, y presentando copia de las credenciales que habia recibido de la corte. Pero la cuestion de jurisdicción no era fácil de arre-

(3) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. II.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Perú, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro IX, cap. VI.

(5) Zárate, Conquista del Perú, lib. III, cap. IV.—Conquista i Pob. del Perú, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXI.

glar, pues dependía del conocimiento de las verdaderas paralelas de latitud, conocimiento que no era probable tuviesen los toscos soldados de Pizarro. El real decreto ponía bajo la jurisdicción de Almagro á todo el país situado á doscientas setenta leguas al Sur del río de Santiago á un grado y veinte minutos Norte del Ecuador. Doscientas setenta leguas en el Meridiano, según nuestra medida, hubieran terminado los límites en un grado antes del Cuzco, y apenas hubieran comprendido la ciudad de Lima. Pero las leguas españolas de diez y siete y media por grado (1) hubieran extendido los límites meridionales de la jurisdicción de Pizarro á cerca de medio grado mas allá de la capital de los Incas, la cual de este modo recaía dentro del término de aquella jurisdicción (2). Sin embargo, la línea de división caía tan cerca del terreno disputado, que racionalmente podía dudarse del resultado verdadero no habiéndose hecho minuciosas investigaciones científicas para obtenerlo, á pesar de que cada una de las partes aseguraba, como sucede siempre en tales casos, que sus pretensiones eran claras é incuestionables (3).

Las autoridades del Cuzco, al recibir la intimación de Almagro, no queriendo indisponerse con ninguna de las partes contendientes, aplazaron la resolución hasta oír el consejo (lo cual prometieron hacer en breve) de ciertos pilotos mejor instruidos que ellas mismas acerca de la posición del río de Santiago. Entre tanto se arregló una tregua, y cada una de las partes prometió solemnemente abstenerse de medidas hostiles y permanecer pacíficamente en sus cuarteles respectivos.

El tiempo se puso entonces frío y lluvioso; y los soldados de Almagro, descontentos con su posición é inundados por las aguas, no tardaron en descubrir que Hernando Pizarro se ocupaba activamente en fortificarse dentro de la ciudad á pesar de lo pactado. Supieron también con desaliento que una gran fuerza enviada por el gobernador de Lima á las órdenes de Alonso de Alvarado se había puesto en marcha para socorrer al Cuzco. Entonces exclamaron que estaban vendidos, que la tregua no había sido mas que un artificio para asegurar su inacción hasta la llegada de los refuerzos que se esperaban; y en este estado de excitación no les fue difícil persuadir á su jefe, demasiado dispuesto á dejarse llevar de los violentos consejeros que le rodeaban, que debía violar el tratado y tomar posesión de la capital (4).

A la sombra de una oscura y tempestuosa noche el 8 de abril de 1537, entró Almagro en la plaza sin oposición, se hizo dueño de la iglesia principal, estableció fuertes avanzadas de caballería en todas las avenidas para evitar una sorpresa y despachó á Orgoñez con un cuerpo de infantería para forzar el alo-

(1) «Contando diez y siete leguas i media por grado.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, cap. V.

(2) El gobierno procuró de antemano evitar toda disputa sobre los límites de las respectivas jurisdicciones. El lenguaje de la real concesión daba lugar á interpretaciones diversas; pero ya en 1536 fue enviado á Lima Fr. Tomás de Berlanga, obispo de Tierra Firme, con plenos poderes para arreglar la cuestión de límites, fijando la latitud del río de Santiago y midiendo doscientas setenta leguas al Sur sobre el Meridiano. Pero Pizarro, teniendo ocupado á Almagro en su expedición á Chile, no quiso resucitar la cuestión, y el obispo se volvió *re infecta* á su diócesis muy disgustado del gobernador. Herrera; Historia general, dec. VI, lib. III, cap. I.

(3) «Todos aseguran, dice Oviedo en una carta al emperador, que el Cuzco cae dentro del territorio de Almagro.» Oviedo era, probablemente, la persona mejor informada sobre estos asuntos que había en las colonias. Sin embargo estaba en un error. Carta desde Santo Domingo, MS., 25 de octubre de 1539.

(4) Zárate dice que Almagro al entrar en la capital no encontró señal alguna de los designios imputados á Hernando, y exclama que había sido engañado. No es extraño que fuese demasiado crédulo en este punto.

jamiento de Hernando Pizarro. Habitaba este con su hermano Gonzalo uno de los salones construidos por los Incas para las diversiones públicas, cuyas inmensas puertas daban á la plaza. Veinte soldados le guardaban, los cuales al abrirse las puertas con violencia salieron valerosamente á la defensa de su capitán. Siguióse una encarnizada lucha en que algunos perdieron la vida, hasta que al fin Orgoñez irritado al ver la obstinación de los sitiados puso fuego al inflamante techo del edificio. Las llamas se extendieron con rapidez por todo él y las vigas inflamadas cayendo sobre las cabezas de sus defensores obligaron á Hernando á ceder aunque con repugnancia y á rendirse á discreción. Apenas habían salido los españoles del edificio se hundió todo el techo con terrible estallido (5).

Dueño Almagro del Cuzco, mandó encerrar á los Pizarros en sitio seguro con otros quince ó veinte de los principales caballeros. No parece que ejerciese ningún acto de violencia contra los habitantes á escepcion de los necesarios para consolidar su autoridad (6). Dió el gobierno de la ciudad á Gabriel de Rojas, uno de los mejores oficiales de Pizarro; y el ayuntamiento, convencido ya de la validez de sus pretensiones, no tuvo ningún escrúpulo en reconocer sus derechos á la posesión de la ciudad.

El primer acto de Almagro después de la toma de la capital, fue enviar un mensaje á Alonso de Alvarado anunciándole su entrada en el Cuzco y exigiendo de él obediencia como legítimo señor. Alvarado estaba acampado con quinientos hombres entre infantería y caballería en Xauxa á unas trece leguas de la capital. Había sido enviado algunos meses antes para socorrer al Cuzco, pero inmotivada, y según se vió desgraciadamente para la capital del Perú, se detuvo en Xauxa con el pretexto de proteger aquel establecimiento y sus inmediaciones contra los insurgentes (7). En aquella ocasión se manifestó leal á su jefe, y cuando los enviados de Almagro llegaron al campamento, les hizo prender y dió aviso de lo que pasaba al gobernador de Lima.

Ofendido Almagro de la prisión de sus emisarios, se preparó á marchar contra Alonso de Alvarado y á adoptar medidas mas eficaces para conseguir su sumisión. Su segundo Orgoñez le instó fuertemente antes de su partida para que hiciese cortar la cabeza á los Pizarros, alegando que mientras existiesen nunca estaría la suya segura, y concluyendo con el proverbio español de que «el muerto no mordia (8).» Pero el mariscal, aunque detestaba á Hernando, se opuso á tan violenta medida. Además de estas consideraciones tenía presente el afecto que todavía conservaba á su antiguo socio Francisco Pizarro y no quería romper para siempre los lazos que les unían. Contentándose, pues, con poner á los presos bajo la custodia de una fuerte guardia en uno de los edificios pertenecientes á la casa del Sol, salió á la cabeza de sus fuerzas en busca de Alvarado.

(5) Carta de Espinall, Tesorero de N. Toledo, 15 de junio, 1539.—Conquista i Pob. del Perú, MS.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq. Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, cap. XXI.

(6) Así aparece del testimonio general; pero Pedro Pizarro que era del bando opuesto, y fue preso por Almagro, le acusa de haberles arrebatado los caballos y otras cosas. Descub. y Conq., MS.

(7) Picado, secretario de Pizarro, tenía una encomienda en las inmediaciones, y Alvarado que le debía favores personales, se detuvo allí, según parece, á instigación suya. (Herrera, Hist. Gen. dec. V, lib. VIII, cap. VII.) Alvarado era un buen oficial, y poseyó toda la confianza de los Pizarros, así antes como después de estos sucesos. Debemos, pues suponer que su conducta tenía alguna otra explicación que no ha llegado á nuestra noticia.

(8) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. II, capítulo VIII.

Había tomado este posición al otro lado del río de Abancay, colocándose con el grueso de su pequeño ejército en frente de un puente que atravesaba sus rápidas aguas, mientras un fuerte destacamento de sus tropas ocupaba una eminencia que dominaba un vado á cierta distancia en dirección de la corriente. Pero en este destacamento había un caballero de gran consideración en el ejército, llamado Pedro de Lerma, el cual por cierto pique con su comandante, resuelto á hacerle traición, había entrado en correspondencia con el opuesto bando. Por su consejo Almagro al llegar á la orilla del río estableció sus fuerzas junto al puente frente de las de Alvarado como preparándose á forzar el paso, y concentrando de este modo sobre aquel punto la atención de su adversario. Pero cuando ya estuvo bien entrada la noche destacó una gran fuerza á las órdenes de Orgoñez para pasar el vado y operar de acuerdo con Lerma. Orgoñez ejecutó su comisión con su acostumbrada prontitud: cruzó el vado, aunque la corriente era tan rápida que muchos de sus soldados fueron arrebatados por ella y perecieron en las aguas. El mismo recibió una grave herida en la boca al saltar á la opuesta orilla, pero sin arredrarse por este contratiempo, animó á su gente y cayó con furia sobre el enemigo. Pronto se le unieron Lerma y los soldados que este había sobornado, y entonces los de Alvarado, no pudiendo distinguir los amigos de los adversarios, se vieron en confusión completa.

Entre tanto Alvarado alarmado con el ruido del ataque por aquel punto, se apresuró á ir en auxilio de su tropa; pero Almagro, aprovechando la ocasión forzó el paso del puente, dispersó el pequeño cuerpo de tropas que había quedado defendiéndole, y cayendo después sobre la retaguardia de Alvarado logró cerrarle por todas partes. No duró mucho la pelea, porque el desgraciado jefe, no sabiendo de quién fiarse, hubo de rendirse con las fuerzas que le habían permanecido fieles. Tal fue la batalla de Abancay, llamada así por el río en cuyas márgenes se dió el 12 de julio de 1537. Nunca se ha conseguido á menos costa victoria mas completa; y Almagro volvió en triunfo al Cuzco con una cuerda de prisioneros apenas inferior en número á su propio ejército (1).

Mientras ocurrían los sucesos referidos en las anteriores páginas, Francisco Pizarro continuaba en Lima, esperando ansiosamente la llegada de los refuerzos que había pedido y que debían ponerle en disposición de marchar en auxilio de la apurada capital de los Incas. El llamamiento que había hecho á sus amigos no quedó sin respuesta. Entre otros llegó un cuerpo de doscientos cincuenta hombres mandados por el licenciado Gaspar de Espinosa, el cual, según recordará el lector, era uno de los primitivos socios que acometieron la empresa de la conquista del Perú. Había dejado su residencia de Panamá y venía en persona por la primera vez á reanimar la decaída fortuna de sus confederados. Pizarro recibió también un buque cargado de víveres, municiones y otras cosas necesarias además de un rico guardarropa, todo lo cual le enviaba Cortés el conquistador de Méjico, que quería prestar su generoso apoyo á su pariente en la hora de la necesidad (2).

Salió, pues, el gobernador de Lima con una fuerza de cuatrocientos cincuenta hombres, la mitad de caballería, y emprendió su marcha hacia la capital de los Incas. No se había adelantado mucho cuando re-

(1) Carta de Francisco Pizarro al obispo de Tierra Firme, MS., 28 de agosto, 1539.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.—Conquista i Pob. del Perú, MS.—Carta de Espinall, MS.

(2) «Fernando Cortés embió con Rodrigo de Grijalva en un propio navio uno desde la Nueva España muchas armas, tiros, jaeces, adereços, vestidos de seda, i vna ropa de mar-tas.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXXXVI.

cibió las nuevas de la vuelta de Almagro, de la toma del Cuzco, y de la prisión de sus hermanos, y antes de que pudiera recobrase de la sorpresa que le causaron, supo la derrota y captura de Alvarado. Lleno de consternación con los rápidos triunfos de su rival, volvió á toda prisa á Lima, y la puso en el mejor estado de defensa para que pudiese resistir á los movimientos hostiles que juzgaba se dirigían contra aquella capital. Entre tanto lejos de dar rienda suelta á un impotente resentimiento ni de proferir queja alguna contra su compañero, se contentó con lamentarse de que Almagro hubiese recurrido á tan violentas medidas para el arreglo de su disputa, y esto según decía, meos por consideraciones personales que por el perjuicio que podían sufrir los intereses de la corona (3).

Así mientras se ocupaba activamente en hacer preparativos de guerra, no omitió el probar el efecto de las negociaciones. Envío una embajada al Cuzco, compuesta de varias personas, en cuya discreción tenía la mayor confianza y á la cabeza de las cuales puso á Espinosa como el mas interesado en que se efectuase un arreglo amistoso.

El licenciado Espinosa á su llegada no encontró á Almagro tan favorablemente dispuesto para un arreglo como él lo hubiera deseado. Enorgullecido con sus recientes triunfos, aspiraba no solo á la posesión del Cuzco, sino también á la de la misma Lima como parte de su jurisdicción. En vano Espinosa, con todos los argumentos que su prudencia podía sugerirle, le manifestó la conveniencia de moderar sus pretensiones: Almagro no quiso abandonar de modo alguno las que tenía sobre el Cuzco, y declaró que estaba dispuesto á defenderlas aun á peligro de su vida. El licenciado replicó firmemente con aquel significativo proverbio castellano: «el vencido vencido, y el vencedor perdido.»

No sabemos qué influencia podían haber tenido los templados argumentos de Espinosa en la acalorada imaginación del soldado; mas por desgracia terminó repentinamente la negociación la muerte del licenciado, ocurrida inesperadamente, y (cosa extraña en aquellos tiempos) sin que fuese atribuida al veneno (4). En la fermentación en que estaban los ánimos fue esta gran pérdida para ambas partes, porque Espinosa unía á la influencia que tienen siempre los consejos prudentes y moderados un interés mayor que el de ningún otro en que fuesen seguidos.

El nombre de Espinosa es memorable en la historia por estar relacionado desde el principio con la expedición al Perú, la cual á no ser por la oportuna, aunque secreta aplicación de sus fondos, no habría podido entonces llevarse á cabo. Había residido mucho tiempo en las colonias españolas de Tierra Firme y Panamá, donde desempeñó varios destinos, ya como funcionario legal, presidiendo los tribunales de justicia (5), ya como eficaz director en las primeras expediciones de conquista y descubrimiento. En tan complicadas funciones adquirió alta reputación de probidad, inteligencia y valor, y su muerte en la presente crisis fue sin duda alguna el acontecimiento mas desgraciado que podía sobrevenir al país.

Abandonóse toda tentativa de negociación: y Almagro anunció su propósito de bajar hasta la costa y

(3) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. II, capítulo VII.

(4) Carta de Pizarro al obispo de Tierra Firme, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. II, cap. XXIII.—Carta de Espinall, MS.

(5) Se hizo algo odioso por haber presidido el tribunal que condenó al desgraciado Vasco Nuñez de Balboa. Pero debe confesarse que hizo grandes esfuerzos para evitar los procedimientos tiránicos de Pedrarias, y que recomendó fuertemente la compasión para con el preso. Véase Herrera, Historia general, dec. II, lib. II, cap. XXI—XXII.

establecer una colonia y un puerto para sí, desde el cual intentaba renovar las negociaciones despues de haber asegurado los medios indispensables de comunicacion con la madre patria. Antes de salir del Cuzco, envió á Orgoñez con un fuerte destacamento contra el Inca, para no dejar la capital espuesta con su ausencia á nuevas molestias por este lado.

Pero el Inca, desanimado con su última derrota, é incapaz acaso de reunir las suficientes fuerzas para oponer resistencia, abandonó su fortaleza de Tambo, y se retiró á las montañas. Orgoñez le persiguió con vigor de colina en valle, hasta que el régio fugitivo, abandonado de los suyos y acompañado solamente de una de sus mujeres, se refugió en las remotas escabrosidades de los Andes (1).

De nuevo Orgoñez antes de dejar la capital instó á su gefe para que mandase dar muerte á los Pizarros y marchase desde luego sobre Lima, diciéndole que con este paso decisivo pondria término á la guerra y se libraria para siempre de las insidiosas maquinaciones de sus enemigos. Pero entre tanto los hermanos cautivos habian hallado un nuevo amigo. Era este don Diego de Alvarado, hermano de aquel Pedro, que segun hemos dicho en el anterior capitulo, mandó la desgraciada expedicion á Quito. Despues de la partida de Alvarado habia seguido la suerte de Almagro, á quien habia acompañado á Chile, y como era de alto nacimiento y poseia algunas cualidades verdaderamente nobles, gozaba de merecido ascendiente sobre su gefe. Visitaba con frecuencia á Hernando Pizarro en su prision, donde para ahuyentar el tedio se entretenian en jugar. Jugaban fuerte, y Alvarado perdió la enorme suma de ochenta mil castellanos de oro. Estaba pronto á pagar su deuda; pero Hernando Pizarro se negó decididamente á recibir el dinero, política generosidad con la cual se ganó un importante abogado en los consejos de Almagro, y que entonces le sirvió de poderoso auxilio. Alvarado hizo presente al mariscal que una medida como la que Orgoñez proponia no solo seria mirada con horror por sus soldados, sino que le arruinaria en la corte por la indignacion que en ella debia escitar. Cuando Almagro cedió á estos consejos, que en realidad eran los mas adecuados á su carácter, Orgoñez manifestó gran sentimiento, y declaró que llegaria tiempo en que se arrepentiria de esta mal entendida lenidad. «Un Pizarro, dijo, jamas perdona una injuria, y la que estos han recibido de Almagro es demasiado grave para que la perdonen.» ¡Palabras proféticas!

Al salir del Cuzco el mariscal dió orden para que Gonzalo Pizarro y los demas presos fuesen guardados estrechamente, y se llevó consigo á Hernando con fuerte escolta. Despues, bajando rápidamente la costa, llegó á fines de agosto al deleitoso valle de Chíncha. Allí se ocupó en echar los fundamentos de una ciudad que debia llevar su propio nombre y servir como de contrapeso á la ciudad de los Reyes, desafiando de este modo á su rival dentro de su territorio mismo. Estando ocupado en esto, recibió la desagradable noticia de que Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y los demas presos habian sobornado á sus guardias y fugádose del Cuzco, y poco despues supo que habian llegado con seguridad al campo de Pizarro.

Mucho le enojaron tales nuevas, aumentando su irritacion las insinuaciones de Orgoñez sobre su mal entendida lenidad; y se hubiera dejado llevar á alguna medida estrema con Hernando á no haberse distraido su atencion por las negociaciones que Pizarro entabló de nuevo.

Despues de varias comunicaciones entre ambas

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

partes se acordó someter el arreglo de la disputa al arbitrio de un solo individuo que fue fray Francisco de Bobadilla, religioso de la órden de la Merced. Este, aunque vivia en Lima, y por esta circunstancia podia suponérsele bajo la influencia de Pizarro, tenia tal reputacion de integridad, que inclinó á Almagro á confiarle esclusivamente el arreglo de la cuestion. Orgoñez, sin embargo, como de carácter mas duro que su gefe, no participó de esta implícita confianza en la imparcialidad del fraile (2).

Celebróse entre ambos gefes una conferencia en Mala en 13 de noviembre de 1537; pero la conducta de cada uno de ellos para con el otro fue muy distinta de la que habian observado en sus anteriores entrevistas. Almagro, quitándose el sombrero, se adelantó con su acostumbrada franqueza á saludar á su antiguo camarada; mas Pizarro, devolviéndole apenas el saludo, le preguntó con altivez, por qué habia invadido su ciudad del Cuzco y aprisionado á sus hermanos. Esto hizo que su socio le contestase en el mismo tono y la discusion se convirtió en una série de recriminaciones, hasta que Almagro, advirtiendo ó creyendo advertir que uno de los concurrentes le hacia señas de que se preparaba una traicion contra él, salió bruscamente de la estancia, montó á caballo y se volvió á galope á sus cuarteles de Chíncha (3). La conferencia, como podia presumirse atendido el acaloramiento de los ánimos, terminó ensanchando la herida que estaba destinada á curar. El fraile abandonado enteramente á sí mismo, dió su sentencia despues de alguna deliberacion, decidiendo que se enviase un buque con un diestro piloto para determinar la latitud exacta del rio de Santiago, limite septentrional del territorio de Pizarro, por el cual debian arreglarse todas las medidas. Entre tanto Almagro debia entregar el Cuzco y poner en libertad á Hernando con la condicion de que este saliese para España en el término de seis semanas. Ambas partes debian asimismo retirarse dentro de sus limites reconocidos y suspender las hostilidades (4).

Esta sentencia, altamente satisfactoria para Pizarro, fue recibida por la gente de Almagro con la indignacion y desprecio que pueden suponerse. Gritaron que habian sido vendidos por su general, debilitado como estaba por la edad y los achaques; que sus enemigos iban á ocupar el Cuzco y sus deliciosos sitios mientras ellos tenian que volver á las estériles asperas de Charcas. Poco pensaban que bajo exterior tan pobre se ocultaban los ricos tesoros del Potosí. Acusaron al árbitro de ser un mercenario del gobernador, y entre las tropas se oyeron murmullos, estimulados por Orgoñez, pidiendo la cabeza de Hernando. Nunca se encontró este en mayor peligro; pero

(2) Carta de Gutierrez al emperador, PS., 10 de febrero, 1559.—Carta de Espinall, PS.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., ubi supra.—Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. II, cap. VIII—XIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. VIII.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

(3) Dijose que Gonzalo Pizarro estaba embarcado con fuerzas considerables en las inmediaciones para apoderarse del mariscal, y que este tuvo aviso del peligro por un honrado caballero del opuesto bando que repitió el distico de un antiguo romance:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí.

(Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, cap. IV.) Pedro Pizarro, da por cierto este designio atribuido á Gonzalo, y dice que no se puso en ejecucion porque lo evitó el gobernador, el cual, segun nos afirma el cronista con sencillez y aplomo edificantes, era hombre escrupuloso en el cumplimiento de su palabra. «Porque el marquez Don Francisco Pizarro hera hombre que guardava mucho su palabra.»—Descub. y Conquista, MS.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M S.—Carta de Espinall, MS.

su ángel de guarda bajo la forma de Alvarado se interpuso de nuevo para protegerlo. Su cautividad fue una série de sentencias de muertes suspendidas luego que se dictaban (1).

Sin embargo, su hermano el gobernador no se manifestaba dispuesto á abandonarlo á su suerte. Por el contrario, para obtener su libertad estaba pronto á hacer toda clase de concesiones. Las concesiones, en efecto, cuestan poco á los que no están en ánimo de cumplirlas. Despues de algunas negociaciones preliminares se dió otra sentencia mas equitativa, ó por lo menos mas satisfactoria para los descontentos. Sus principales artículos fueron que hasta la llegada de instrucciones definitivas de Castilla, la ciudad del Cuzco y su territorio, continuarian en poder de Almagro; y que Hernando Pizarro seria puesto en libertad, con la condicion antes estipulada de salir del pais en el término de seis semanas. Cuando se le comunicaron á Orgoñez los artículos de este convenio, manifestó su opinion sobre ellos, pasándose la mano por la garganta y exclamando que su fidelidad le habia de cortar la cabeza (2).

Almagro para hourar mas á su prisionero le visitó en persona, y le anunció que desde aquel momento estaba libre, y que «esperaba» mismo tiempo que se darian al olvido las pasadas diferencias para no acordarse de allí en adelante sino de su antigua amistad.» Hernando contestó con aparente cordialidad que «por su parte no deseaba otra cosa.» Despues juró de la manera mas solemne, y empeñando su palabra de caballero (este lazo era tal vez mas fuerte para él que el del juramento), que cumpliria fielmente con las estipulaciones del tratado. En seguida fue conducido por el mariscal á sus cuarteles, donde se le dió una comida á que asistieron los principales oficiales; y por último, varios de estos con Diego de Almagro, el hijo del mariscal, le acompañaron hasta su campo que se habia trasladado á la inmediata poblacion de Mala. Allí su escolta recibió una acogida cordial de parte del gobernador, que les colmó de atenciones, especialmente al hijo de su antiguo socio; y tal fué la relacion que á su vuelta hicieron todos del modo con que habian sido recibidos, que no quedó á Almagro la menor duda de que todas las pasadas contiendas se habian dado al olvido (3). No conocia á Pizarro.

CAPITULO II.

Primera guerra civil. — Almagro se retira al Cuzco — Batalla de las Salinas. — Crueldad de los conquistadores. — Proceso y ejecucion de Almagro. — Su carácter. 1537—1538.

APENAS los oficiales de Almagro habian salido de los cuarteles del gobernador, cuando este, reuniendo su pequeño ejército, recapituló brevemente los muchos agravios que habia recibido de su rival, la toma de la capital, la prision de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas; y concluyó declarando, con gran aprobacion de su auditorio, que habia llegado la hora de la venganza. Durante todo el tiempo de las ne-

(1) Espinall, tesoro de Almagro, dice que el fraile probó con este fallo que era un verdadero demonio (Carta al emperador, MS.), y Oviedo, juez mas desapasionado, aunque no le condena, cita las palabras de un caballero, que dijo que «no se habia pronunciado sentencia tan injusta desde los tiempos de Poncio Pilato.» Hist. de las Indias, MS., parte III, libro VIII, cap. XXI.

(2) «El tomando la barba con la mano izquierda, con la derecha hizo señal de cortarse la cabeza, diciendo: Orgoñez, Orgoñez, por el amistad de don Diego de Almagro te han de cortar esta.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, capitulo IX.

(3) Ibid., loc. cit.—Carta de Gutierrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, libro III, cap. IX.

gociaciones se habia ocupado activamente en hacer preparativos militares. Habia logrado reunir una fuerza mucho mas considerable que la de su rival, sacando gente de varios puntos, pero la mayor parte de ella familiarizada con el servicio de las armas. Dispuesto ya todo anunció que por ser demasiado viejo para encargarse de la direccion de la guerra, encomendaba este deber á sus hermanos, y como medida justificada por la necesidad, absolvió á Hernando de sus compromisos con Almagro. Hernando con noble pertinacia se manifestó dispuesto á cumplir sus promesas; pero al fin cedió, aunque con repugnancia, á los órdenes de su hermano, creyendo que la fidelidad que debia á la corona exigia imperiosamente este sacrificio (4).

En seguida el gobernador avisó á Almagro que el tratado estaba roto y le intimó que abandonase sus pretensiones al Cuzco y se retirase dentro de su territorio reconocido, declarando que de lo contrario caeria sobre su cabeza la responsabilidad de las consecuencias que pudiesen sobrevenir.

Almagro, que descansaba en completa seguridad, conoció entonces el yerro que habia cometido, y recordó aunque tarde, los consejos de su segundo. Habia cumplido la primera parte de la predicción; ¿y qué podia impedir que se cumpliese la última? Para aumento de desgracia se hallaba en aquella ocasion aquejado de una grave enfermedad, consecuencia de escesos juveniles, que le habia quitado las fuerzas haciéndole incapaz de todo ejercicio mental y corporal (5).

En tan desesperada situacion, confió la direccion de los negocios á Orgoñez, en cuya lealtad y valor podia fiarse completamente. El primer acto de Orgoñez fue apoderarse de los pasos del Guaitara, cadena de montes que circunda el valle de Zangalla, donde Almagro tenia entonces establecidos sus reales. Pero sin duda por algun error de cálculo no llegaron á tiempo las tropas destinadas á guarnecer los pasos, y su activo enemigo, atravesando los peligrosos desfileres, ganó sin obstáculo el otro lado de la sierra, en la cual podia haber sido atacado con ventaja por fuerzas muy inferiores. La fortuna iba abandonando á Almagro.

Pensó entonces este gefe en el Cuzco y quiso tomar posesion de la capital antes de que pudiese llegar á ella el enemigo. Demasiado débil para montar á caballo hubo de ser trasladado en litera; y cuando llegó á la antigua ciudad de Bileás, no lejos de Guamanga, su enfermedad se agravó de tal modo que se vió obligado á hacer alto y detenerse allí tres semanas.

Entre tanto el gobernador y sus hermanos, despues de atravesar los pasos del Guaitara, bajaron al valle de Ica, donde Pizarro se detuvo bastante tiempo para ordenar sus tropas y completar los preparativos de la campaña. Despues, despidiéndose de su ejército, volvió á Lima, y segun habia anunciado, encomendó la prosecucion de la guerra á sus hermanos por ser mas jóvenes y mas activos. Poco despues de su salida de Ica, Hernando caminó por la costa hasta llegar á Nasca, propouéndose penetrar en el pais por un rodeo á fin de burlar la vigilancia del enemigo que podía haberle molestado mucho en alguno de los pasos de las cordilleras. Almagro por su desgracia,

(4) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. III, capitulo X.

(5) «Cayó enfermo i estuvo malo á punto de muerte de bubas i dolores.» (Carta de Espinall, MS.) Calamidad grande fue que viniese á sufrir en aquellas circunstancias criticas el castigo de los pecados cometidos en su mocedad, pero

Del vicio que nos domina
Ha hecho, por justa sentencia,
La Divina Providencia
El móvil de nuestra ruina.